

# *Vigencias en las relaciones internacionales*

**PABLO RUÍZ JARABO\***

**G**racias a la Historia como método de recordar la existencia colectiva, cada generación cuenta inevitablemente con un pasado más rico que la anterior. La perspectiva con la que enlazar pasado y presente va adquiriendo con ello más profundidad. Hoy es lo suficientemente alargada como para afirmar que en Occidente existe una tendencia más o menos constante de progreso, en la que la mera acumulación histórica de situaciones y cambios se dirige hacia una mejora generalizada de la sociedad: la violencia, inversamente proporcional al grado de civilización, aún está presente, pero menos que en los siglos pasados; principios que se formularon utópicamente hace tiempo por la religión, la filosofía o la política más rebelde, como la igualdad o la prohibición de la explotación laboral, presiden hoy la cotidianeidad; la supervivencia se ha transformado en un bienestar generalizado que no deja de expandirse, a pesar de peligrosas teorías que

\* Diplomático.

predican un renacer de las desigualdades como presupuesto de una sospechosa eficacia económica.

Pero en esta tendencia lineal hacia el progreso existe un gran ausente: las relaciones internacionales. Las comunidades humanas se han relacionado entre sí con una confusión desorientada. Ciñéndonos a Europa, los sistemas se han sucedido unos a otros sin un sedimento sobre el que cimentar uno mejor que el anterior. De la Paz Romana a la barbarie, de ésta a sucesivos equilibrios imperiales, del mando de un estado al de una alianza... El mero número de cambios demuestra incluso la inexistencia de un modelo utópico de relaciones al que aspirar, como no sea la obvia y deseada paz. Como los cambios no son progresivos ni lineales, cada nuevo sistema no puede interpretarse como "adelanto" o "retroceso": no existe senda ni arquetipo que sirvan de referencia. El síntoma más acentuado de esta desafortunada especialidad se encuentra en la propia dinámica que mueve la política internacional: si el uso de la fuerza es el principal indicador del carácter primitivo de una comunidad, los cambios en las relaciones internacionales han tenido su causa casi siempre en la guerra, dejando constancia de cuán lejos se encuentran de la civilización; no constituyen el fruto de evoluciones transformadas donde pasado y presente se acoplan para progresar, sino de bruscos movimientos donde la razón del orden nuevo estriba precisamente en la destrucción del anterior sin que quepa heredar nada.

Ante tantas convulsiones violentamente caprichosas, cualquier interpretación de las relaciones internacionales se enfrenta a una grave desventaja: tiene que renunciar a las tendencias, a largos plazos en los que encardinar los hechos en busca de interpretaciones seculares: está condenada al presente. Ello explica que muchos libros sobre diplomacia incurran en un cierto conductismo; relatan hechos, describen situaciones, pero, al contrario que los economistas o los politólogos, sus autores deben renunciar al maravilloso mundo de la interpretación del presente en función de lo ocurrido en el pasado; de la formulación de las dialécticas históricas, del descubrimiento de las constantes que motivan las conductas en todas las situaciones; y, sobre todo, se ven privados del alivio que supone descubrir que el mundo, simplemente, mejora. De hecho, cualquier concesión a la historia diplomática en busca de lecturas deja en todo caso una amarga sensación de retroceso: las guerras más sanguinarias de Europa, donde se superaron todas las divisiones entre población civil y militar y se intentó el exterminio de culturas enteras, son precisamente las más recientes. Los cuarenta millones de rusos muertos en la Segunda Guerra Mundial o el Holocausto deslegitiman cualquier alusión al progreso internacional desde los tiempos de las Cruzadas o la guerra de los Treinta Años. No falta quien a pesar de ello insiste en la sistematización teórica. Sin embargo, los esquemas que intentan satisfacer este afán ordenancista son prisioneros de un presente jalonado de guerras y nacen hipotecados a lo inmediato, asumiendo el altísimo riesgo de morir con el modelo que pretenden explicar. ¿Qué papel juega hoy en día la soviología, hace sólo diez años una ciencia altamente especializada? Y desde su destronamiento, modelos loables como el fin de la Historia o el choque de las civilizaciones se ven raramente ratificados y continuamente desmentidos por una realidad caóticamente proteica.

Aunque el cientifismo se tope con límites en la política internacional, no hay que renunciar a la búsqueda de tendencias y de comportamientos constantes, porque la curiosidad es insaciable

y su fruto es camino de sabiduría. Pero será preciso acudir a otras fuentes: afortunadamente, no faltan. Por ejemplo, la literatura. *La aventura equinocial de Lope de Aguirre*, de Ramón J. Sender, trata de las miserias de quienes se embarcan en una aventura internacional como es conquistar un continente. Unos hombres imbuidos de una misión lejos de su tierra natal se convierten en indomables. Las jerarquías se relativizan, las órdenes pasan por el tamiz mortífero de los intereses personales. Y la autoridad del Rey, inapelable en tierra propia, se atomiza en la escena internacional. En esta escala, los valores son otros. El argumento del libro trata de una constante en la Historia: la ruptura entre política interna e internacional; muchos hombres con muchas ambiciones descubren que el orden de donde proceden y que pretendía continuar estructurándoles deja de valer. Como no se encuentra otro alternativo, Lope de Aguirre puede desbocarse y formular su propia aventura imperial y sanguinaria. Es sorprendente el paralelismo de esta novela con otra de otro arte: *Apocalypse Now*, la gran película de Coppola, relata asimismo el reino escondido y rebelde de un militar norteamericano que, lejos de su país, ha construido una pequeña dictadura a su medida y ha demostrado la relatividad que los kilómetros imprimen a la mejor maquinaria miliar de la Historia.

Hoy la escena internacional se caracteriza por un fuerte componente burocrático. Múltiples estructuras de seres humanos han sido investidas de excelsas misiones. Sin la violencia de Sender y Coppola y con una tranquilizadora distancia, tanto follaje institucional da también lugar a batallas políticas que escapan a las coordenadas de la lógica política interna. Hoy se trata del FMI, cuya dirección ha dado lugar a oscuras alianzas y sonadas traiciones entre estados. Hace pocos meses, cubrir la dirección de la Organización Mundial de Comercio costó Dios, ayuda y costosas negociaciones. La Unesco, el Banco Central Europeo o la Organización Mundial de la Salud han pasado por el mismo proceso de rencillas y celos, de batallas donde el supuesto equilibrio geográfico era la excusa de amistades y enemistades, y donde las vanidades y relaciones humanas han demostrado más eficacia que las leyes y los tratados. Todos estos procesos no pueden explicarse en clave estatal; poseen leyes propias que se encuentran muy poco desarrolladas y por ello son tan personalistas. Tal vez Sender no fuese consciente de cómo, al describir con palabras del siglo XX la Conquista de América, descubría con precisión medios que durante siglos se han utilizado y se utilizan en las relaciones internacionales.

Mientras, los soldados occidentales se esfuerzan en evitar que los albanokosovares traduzcan en acciones su odio a los serbios. Impusieron la paz, pero los directamente beneficiados no parecen darse por aludidos y quieren sustituir la quietud por su guerra particular. Hace años ocurrió lo mismo en Somalia, donde europeos y norteamericanos descubrieron que sus buenas intenciones hacia sus habitantes no eran correspondidas con agradecimiento sino con hostilidad. La semejanza de estas acciones con tantos episodios del Quijote, donde los supuestos beneficiarios de gestas heroicas respondían a su libertador con pedradas y manteos, es más que significativa. Si algo caracteriza a la arrogante sociedad opulenta occidental que cree conocer el mundo a través de su televisor, es su proyección de altos ideales, como la justicia o la caridad, a la política internacional, formulando discursos que más tarde se revelan infundados. Tal vez la motivación de todo ello radique en la necesidad de lavar la mala conciencia de la propia riqueza con el alivio de la pobreza ajena, pero no de la inmediata, que conocemos y sabemos conflictiva de atajar, sino de la lejana, que, apenas aprehensible, podemos

modelar mentalmente a nuestro antojo sin necesidad de cotejar el resultado con la realidad. Este impulso colectivo enturbia el análisis de la política internacional y el resultado consiste en ocasiones en acciones infructuosas por mal planificadas. Las operaciones de paz o la cooperación al desarrollo se demuestran con frecuencia limitadas aunque el altruismo que las inspira sea de lo más elevado. Y todo se reduce a un problema: no son gigantes, son molinos. Muchos problemas internacionales necesitan una solución formulada desde su propia realidad, no desde los prejuicios amañados de intenciones. Queda por ver cuándo va a surgir un Sancho Panza que asuma el coste de lo políticamente incorrecto y denuncie el defecto de tantos objetivos, no por bienintencionados menos perversos.

Que la literatura, la ciencia de los sentimientos más íntimos, proporcione claves valiosas de interpretación de las relaciones internacionales, demuestra una vez más que hablar de "avance" en este ámbito es cuestionable. El supuesto cosmopolitismo de tantas organizaciones y reuniones no escapa a la terrible humanidad de una actividad que no deja de expresar continuamente los impulsos más primitivos y menos elaborados. Si al menos las guerras militares se han sustituido en parte por las burocráticas, algo habremos ganado. Asimismo, que dos de las novelas que ayudan a interpretar la política internacional contemporánea sean españolas demuestra la peculiaridad de nuestra contribución al pensamiento; el de las relaciones internacionales está preñado actualmente de una dominación sajona que no es justa y que podría participar de este encadenamiento a un presente estrecho de miras de que hablábamos más arriba. En todo caso, sajones y latinos bebemos de los clásicos: y en el ámbito de la política internacional, donde los siglos pasan sin tradición que enriquecer y con la violencia como fuerza dinámica de una Historia que cambia en la forma para repetirse en el fondo, cobra pleno sentido la frase de Tácito: *Otros son los hombres, pero no son otras las costumbres.*